

Emilio Lledó: *La memoria del logos*, Taurus: Madrid 1996, 301 pp.

Indudablemente uno de los más grandes genios de la Filosofía es Platón. Detrás de su obra escrita, de la complejidad de sus mitos, de la revelación de sus diálogos, nos encontramos con una de las propuestas filosóficas mejor construidas. Emilio Lledó, consciente de la gran trascendencia del pensamiento platónico, reúne en este volumen trabajos de dos épocas distintas: una época antigua que recoge una colección de ensayos en los que se penetra en los contenidos esenciales de los diálogos, desde el lenguaje y la escritura misma; y los trabajos más modernos que no son un análisis sino un diálogo con el diálogo. La primera, la de la época antigua, se compone por tres capítulos; la segunda abarca otros tres capítulos, y Lledó remata con una tercera parte compuesta por cinco apéndices.

La labor de Lledó no es sencilla. Se trata de mostrar que en los mitos platónicos se manifiesta algo más que un reflejo deformado de lo que realmente

pasa. La estructura mítica, igual que las grandes obras de arte, amplían nuestra sensibilidad. Mitos como el de la caverna, desde un lenguaje simbólico, expresan la condición humana, algo dicen del hombre y de su destino. Y si Platón se vale del diálogo para comunicar sus mitos filosóficos, no es raro que la lectura de este gran clásico requiera también del diálogo entre el lector o el escucha y el propio texto platónico. Esto último es lo que hace Lledó, quien propone una nueva lectura del mito de la caverna. En el inolvidable film de Bertolucci, *El Conformista*, hay un momento central en el que el profesor exiliado se encuentra con su antiguo discípulo y virtual asesino. Ambos dialogan sobre el tema de la realidad, de la ceguera, de la necedad, mientras la luz del atardecer va difuminando en sombra los rasgos duros del protagonista. ¿Por qué no releer el mito desde aquella escena?

Lledó propone una serie de lecturas posibles que podrían constituir una especie de campo semántico en el que abonan sus reflexiones y acciones. Lledó

subdivide el espacio de la caverna platónica en cuatro espacios: uno profundo alejado de la salida en donde hay unos personajes encadenados como niños; detrás de los prisioneros un segundo espacio, el de la simulación y el engaño, y en el que circulan unos personajes que hacen desfilar los objetos, cuyas sombras verán los prisioneros; el tercer espacio lo ocupa una hoguera cuya luz proyecta la sombra de los objetos; por último, el cuarto espacio, el que representa la salida hacia la realidad iluminada. Desde esta propuesta, el autor elabora una novedosa interpretación de la caverna. La vida, en efecto, es algo así: el nacimiento en una estructura férrea, una sociedad no elegida, ideologías heredadas. Oyendo las voces-ecos, viviendo los objetos-sombras: la oscuridad y el silencio son el inicio de toda existencia.

Pero el mito no nos habla solamente de los prisioneros engañados. ¿Quién y con qué intención ha organizado ese engaño? Hay otros personajes que hablando o callando pasean los objetos ante el muro y que son los engañadores-engañados.

Ellos forman los hilos de la oscura trama. Hay también un alienador no alienado, alguien fuera de la oscuridad que programó el engaño y mantuvo el poder absoluto. Este poder tiene en sus manos a la realidad, porque lo que ven los prisioneros no es la realidad, sino un simulacro de la realidad. De pronto, entran en escena nuevos personajes no incluidos en la trama platónica: ¿qué pasaría si los prisioneros fueran liberados de sus cadenas? Hay también, pues, unos liberadores. De manera que lo que es objeto se hace sujeto, sostiene Lledó, a través del puente del lenguaje: la experiencia ganada circula a través de los ojos encadenados del lector, hacia el fondo de la caverna del texto; estos ojos son ya liberadores.

Podemos hacer también una lectura epistemológica del mito en cuestión. Los cuatro espacios de la caverna son cuatro niveles de conocimiento: el del mundo sensible o sombras reflejadas en donde ver no es saber; al lado del mundo sensible, el lenguaje sostiene y transmite el mundo de las significaciones. Estas son las dos primeras. Sin embargo, el

lenguaje versa sobre la realidad engañosa y, por ello, se necesita una elaboración de la experiencia y una crítica del lenguaje. En otras palabras, se hace necesaria la *diánoia* como discurso racional interpretativo de la realidad y, fruto de ella, la *epistème* como el ámbito total en el que se reclinan los conocimientos particulares, la razón última o definitiva que encuentra su ingrediente esencial en la Idea de Bien.

También hay una lectura ética desde las dos aspiraciones fundamentales de la vida humana: inteligencia y amor. En el equilibrio de ambas se alcanza lo que los griegos llamaron la *eudaimonia*. Y todavía más. Lledó elabora una lectura social, una lectura psicoanalítica e incluso una lectura televisiva. Todas son interpretaciones sumamente sugerentes y que, a mi parecer, remiten constantemente a lo que llamamos hoy la era de los simulacros en donde no distinguimos ya entre realidad y apariencia.

El segundo trabajo, *El pensamiento compartido*, trata

acerca del diálogo como principio. La filosofía de Platón es la suma del discurso de todos los interlocutores de sus diálogos, la suma de todas sus contradicciones. De ahí que existan en él tantas propuestas. Ahora bien, el contenido de la filosofía platónica se nos entrega en un discurso que entrecorta la intervención de los interlocutores: la única forma de contacto intelectual era el encuentro entre los ciudadanos. Ello supone que con Platón, la filosofía presenta su radical instalación en el lenguaje propio de una comunidad, objeto de controversia y análisis. Lo primero es el diálogo. Con la escritura, Platón intenta superar lo perecedero que pudiese ser el diálogo. La escritura cosifica el proceso de pensamiento y, por consiguiente, es la única plataforma para aventurarnos a entender, explicar y asimilar. ¿Cuál es la cosa filosófica? Lledó propone que el diálogo platónico se lea desde los niveles del logos: lenguaje y contenidos, diversidad de contenidos, discutibilidad del discurso, las interferencias de los lenguajes y contenidos, el autor que se identifica o diversifica a través

de los que dialogan, el autor que guarda su identidad más allá de lo que expresa, el interlocutor o lector que se interesa por el diálogo y discurre azarosamente por lo escrito, el lector que intenta globalizar el diálogo.

Lledó sintetiza todos estos planos en solamente cuatro: el lenguaje y sus referencias, el diálogo y las modificaciones de contenido debidas a las inflexiones y opiniones de los dialogantes, los interlocutores que diversifican esos contenidos enfrentándolos y analizándolos y, por último, el lector-interlocutor que oye un discurso quebrado continuamente por su estructura de diálogo, y que necesita un código más complejo para entenderlo. El estilo de Platón se ha considerado frecuentemente como una dificultad para alcanzar su filosofía. Para Lledó eso es un prejuicio académico. El pensamiento de Platón es complejo, pero no indescifrable.

El último capítulo de la primera parte se ocupa del mundo histórico e intelectual de Platón. Tal vez, lo más importante para Platón es dar una respuesta al círculo de problemas políticos de

la época. De ahí la preocupación por el espacio social, por la *polis*, por los regímenes políticos. Lledó elabora un buen análisis de estos elementos a la luz de las primeras ideas del libro. Pero Lledó no se detiene solamente en el espacio social, sino que se aventura a hablar del espacio mental, del conocimiento como *anamnesis*, del conocimiento como hacer. Y finalmente retoma el asunto del mito en el lenguaje platónico. Como si fuera un discurso dentro del discurso, aparecen en los diálogos narraciones independientes que conocemos como mitos que, sin embargo, siempre conducen a niveles de significación distintos a los que el diálogo desplaza. Detrás de las palabras del mito hay una doble significación. El lenguaje que dice el mito no puede ser lo mismo que lo que el mito dice. Hay que tomar ese lenguaje que nos dice lo que no es -no existen ni Er, ni Cronos, ni los caballos alados-, y empujarlo hacia quién es el que lo dice. Platón, según Lledó, ofrece una peculiar pauta hermenéutica: la personalidad del quién que habla puede suplir el silencio de las significaciones desechadas. Nuestra sabiduría,

sigue Lledó, consiste en que hemos construido el entender, o sea, el hallazgo del sentido, a través de la misma ambigüedad de la lengua y a través del fecundo instrumento de la duda.

La segunda parte del libro, *La memoria del logos*, insiste en que la filosofía de Platón alcanza su forma adecuada en el diálogo, pues es ahí donde el *logos* adquiere su función esencial, no como descubrimiento de una realidad manifestada bajo la forma de enseñanza y, por consiguiente, paralizada en una doctrina, sino como persecución de una verdad, cuya estructura ontológica iba logrando consistencia en su prolongado e inevitable contraste con el error. Cada uno de los diálogos de Platón está construido en esta peculiar antítesis. Abordar el tema obliga a entender la constitución dialógica de la conciencia, en la que el *logos* se expresa. Por eso Lledó dedica algunas páginas a reconstruir la estructura de la conciencia para concluir con la doble estructura del *logos* como pregunta y respuesta, *doxa* y ciencia. La verdadera *anámnesis* es dialéctica que se conduce a la

unidad del saber. Por eso, el segundo ensayo de esta segunda parte, estudia la estructura dialéctica del *Eutifrón* platónico, un diálogo de juventud al que Lledó dedica un buen número de páginas con muy buenos resultados. La lectura de un estudio tan serio como éste, nos permite comprobar que Lledó conoce verdaderamente los diálogos platónicos, y no sólo porque a lo largo de todo el libro se acuda constantemente a las referencias y a las citas, sino también porque cumple con sus objetivos: dialogar con los diálogos.

El último capítulo, antes de dar paso a los apéndices de la tercera y última parte, se ocupa de un estudio de *República*, V, 473d-e. Ahí se intenta retomar el concepto de filosofía, como expresión de una ciencia o de una concepción del mundo a partir de dos tesis clásicas que conectan con el planteamiento de Lledó: primero, el conocimiento filosófico depende de la realidad objetiva (plano real); segundo, el conocimiento filosófico depende de la estructura conformadora del sujeto (plano ideal). Interesa la segunda que conecta con la

filosofía moderna, no solamente por sus implicaciones gnoseológicas, sino también por sus implicaciones sociales, por referirnos de alguna manera, al paradigma de la ciudad platónica. Al final del libro quinto de la *República*, cuando Sócrates investiga qué cosa puede ser la justicia y la injusticia, se acude una vez más a un plano ideal y a un plano real: el ideal enmarca dialécticamente la esencia de la justicia; el real participa de esa idea acercándose lo más posible a ella, pero diferenciándose siempre. Desde esta distinción, Lledó aborda la separación entre el aspecto ontológico y el real, aunada a la posibilidad que tiene la mente de alcanzar y constituir paradigmas ideales.

Por supuesto, la distinción anterior hace necesario el que se comente, una vez más, el tema de la *doxa* y la ciencia, esta vez con relación al político y al filósofo como figuras paradigmáticas: los filósofos contemplan la verdad y, por ello, entienden que la justicia solamente se alcanza en la esfera privada, no de la pública, como lo dice Sócrates en la *Apología*. ¿Cómo salvar entonces la justicia

en la esfera de lo público? La esencia del filósofo que en un principio era contempladora, se convierte en salvadora. Él tiene que ser rey porque está por encima de los falsos problemas de la comunidad: la salvación que el filósofo trae no arranca de los problemas de la sociedad existente, sino de la clara visión del mundo de las esencias. La ciudad platónica es, por tanto, la estructuración política de un sistema metafísico.

La última parte del libro se compone de un conjunto de apéndices que complementan muy bien el trabajo de Lledó. Se habla del fundamento de la *anámnesis* en el *Menón*, en donde se sintetizan algunas ideas del capítulo IV, es decir, del primer trabajo de la segunda parte del libro. También se abordan los problemas de la obra escrita de Platón, como por ejemplo, la cronología. Lledó culmina con cuatro breves introducciones muy enriquecedoras para la lectura del *Ión*, del *Lisis*, del *Cármides* y del *Fedro*. Un buen defensor de Platón, como lo es Emilio Lledó, no puede dejar de enfrentarse a uno de sus más famosos críticos

de Platón, a saber, Karl Popper. Son muy conocidas las críticas que hace Popper en *La sociedad abierta y sus enemigos* al sistema platónico. Popper llama enemigos a sus posibles enemigos teóricos, quiere librarse de los posibles obstáculos de su propio sistema, valiéndose de valoraciones viscerales no solamente de Platón, sino también de Aristóteles, de Hegel y, sobre todo, de Marx. Sin embargo, sostiene Lledó, Popper ha sido vencido por sus inofensivos enemigos. Este estupendo trabajo de Emilio Lledó se complementa con un último apartado fundamental, la orientación bibliográfica.

Luis Xavier López Farjeat
Universidad Panamericana

Copyright of *Tópicos. Revista de Filosofía* is the property of Universidad Panamericana and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.